



ANTONIO LUENGO

Se sabe que has entrado en un edificio en el que está **Antonio Luengo Hernández** porque, por muy grande que sea el edificio (pongamos El Escorial, la T-4 o la Diputación de Salamanca), oyes a **Antonio** desde cualquier parte. Da igual que medie entre vosotros una provincia de tabiques, corredores, oficinas y salas de comisiones o de vistas: la voz potente de **Antonio** llega hasta el vestíbulo por el que accedes, suena como un saludo jovial y entusiasta de buenos días y eso te reconforta y te anima a seguir adelante, a terminar de subir las escaleras, a tirar para adentro. Luego, a medida que avanza la mañana, **Antonio** se va replegando sobre sí mismo (si se me permite la metáfora, dada la corpulencia del muchacho), se sienta frente al ordenador, se cala las gafas, coge el teléfono o apunta o reflexiona, con la mirada fija en sus asuntos, y ya no sabemos si **Antonio** ha salido a hacer gestiones o si sigue quietecito y pensativo en su sitio, como un colegial muy aplicado haciendo las tareas diarias, hasta que, de pronto, por alguna razón que desconoces, se yergue en toda su altura, te mira (o mira, más bien, medio metro por encima de tu cabeza) y vuelve a interpelar a cualquiera de nosotros, de sus compañeros, con su voz poderosa.

Lo hace utilizando un mote o apodo afectuoso, que se compone de un cargo muy rimbombante seguido del topónimo de cada uno (cosas como "mariscal de esto", "marqués de lo otro"), y este bautizo chuflero, del todo disparatado, contribuye, paradójicamente, a eliminar las distancias, esa frialdad de la mañana, a intentar colo-

GASEOSA

MANUEL AMBROSIO
SÁNCHEZ SÁNCHEZ
PROFESOR DE LA USAL



carnos a todos en un mismo plano de trabajo público y de camaradería.

Hay en el azar venturas y contratiempos. Un servidor tuvo la suerte de nacer el mismo día del mismo mes y año que **Antonio Luengo** (Cristóbal de la Sierra, 1964), quizás incluso a la misma hora (habrá que preguntarlo) y esta circunstancia que pudiera parecer casualidad (es probable que otro individuo, en algún lugar del planeta, haya nacido también un seis de marzo de ese año mágico en que Indurain



vino al mundo) deja de serlo si consideramos que no nos ha ocurrido jamás a ninguno de los dos toparnos con nadie con esos antecedentes que no fuéramos nosotros, lo que nos convierte en una especie de mellizos raros, de gemelos estrambóticos, unidos por la afinidad caprichosa e incólume que otorgan los astros y el apego.

Antonio es uno de esos alcaldes de pueblo honestos, campechanos y cabales, regidor de su municipio natal,

Cristóbal, desde hace veinticinco años. Se equivocará quien considere que hombres y mujeres así, formados en la universidad del roce con el otro, de habla y modales sencillos y alegres, tan llanos que a veces pueden resultar toscos, carecen de la inteligencia que ridículamente se asocia a los altos puestos o estudios. **Antonio** es perspicaz y prudente. Aun cuando parece que no, observa y toma nota. Pertenece a ese grupo escogido de personas que, a pesar de su experiencia, dan siempre la sensación de querer seguir aprendiendo. Para él la política es una responsabilidad que se ejerce recordando, de continuo, que estás de paso: ¡ojalá abundara más este desprendimiento en quienes se ocupan de los asuntos públicos!

Desgraciadamente, **Antonio** también tiene defectos muy serios: con la comida, aunque cueste creerlo, es un auténtico tiquismiquis, casi insufrible; tampoco le gustan los paseos largos, por eso se sienta en cualquier sitio (como puede verse en la foto), y sus aficiones futboleras, que vive con auténtica pasión (lleva colgado al cuello el escudo de su equipo), no nos entusiasman a la otra mitad de España.

Otras peculiaridades, sin embargo, no las tengo por deméritos. Y así **Antonio**, que apenas se orienta en la capital de la provincia (hace un año había que acompañarlo, en el coché o andando, para que no se extraviara), conoce hasta el último rincón de la sierra de Salamanca, sus gentes, sus costumbres y sus pueblos. Así es este hombre que ha mamado la comarca y que vive diariamente para su progreso. Lo digo yo, que soy como su hermano, y lo firmo. ■